

Textos exposiciones

no punctum, ARCO 2004, *Ubicarte*, febrero de 2004

Que las virtudes comerciales de una feria no configuran el mejor lugar para encontrar algo parecido a la rareza de una obra de arte, para saborear, si se produce, ese pequeño milagro laico, es una obviedad en la que no se debe insistir. A cambio, se dice, podemos hacer nuevos contactos y buenos negocios, cumplimos con nuestros compromisos sociales, la ciudad mejora su oferta cultural y turística. Además, los que ya no asistimos a misa tenemos una ocasión excepcional para encuentros en la tercera fase con los viejos amigos (¡visite nuestro bar!). Miles de personas de provincias se acercan a la última capital del mundo e incluso algunos, de aquí y de allí, tienen la oportunidad de salir de su solitaria rutina para adentrarse en esporádicas aventuras sexuales. No conozco a un solo artista que merezca la pena que no encare con una mezcla de hastío y paciencia este tinglado.

Como parte de él está el papel estelar de la fotografía. Su presencia creciente en ARCO, año tras año, muestra que la fotografía se ha ido consolidando como soporte para la creación artística. Desde los experimentos fotográficos de las vanguardias hasta los fotomontajes digitales de nuestros días, cada vez son más los artistas que eligen la cámara como forma de expresión. Pero esta feria muestra también que debemos entender la palabra *soporte* en un sentido más preciso, pues parte del arte contemporáneo se ahorra con él la tarea de reinventar lo real, de atravesar su inanidad y su misterio. Utilizando el gran angular social de la fotografía como disculpa, existe un arte, un arte que no se soporta a sí mismo, que se coaliga con la más feroz pragmática social. En este caso, los efectos especiales de lo digital suelen complementar con excesiva facilidad la marcha implacable de la economía. Pueden encontrar ustedes en las tres hojas que la organización de ARCO'04 distribuye para la prensa un catálogo completo de esta no tan nueva ortodoxia.

Aparte de los "jóvenes fotógrafos españoles" (se habla de Cristina Lucas), aparte del inevitable tributo al país invitado, de las "miradas críticas" a la realidad que constituyen lo más blindado de ella, de algunas escenas africanas y mil cosas sueltas, se me ocurren cuatro vetas destacables en la fotografía de este año.

Por un lado, el consabido espectáculo postmoderno, en dura competencia con la instalación. Todas las imágenes posibles del *Yo, Mi, Me, Conmigo* resucitan el aura del sujeto-estrella, preferentemente en decorados radicales. Este canon alterna con estampas de "familia perversa" y la serie de procacidades sexuales que a duras penas escandalizan a nadie. La lógica de la identificación gremial minoritaria campea en estos pagos, divirtiendo a jóvenes y mayores. Diversos sindicatos gay, con artistas "de culto" en escenarios fantásticos, colores vibrantes y vestuario deslumbrante, exponen la vacuidad habitual.

Encontramos, por otro lado, venerables imágenes de la sobriedad, de la pobreza de la faz o de la figura humana. Fred Stein, Cartier-Bresson, Shimon Attie... componen un retablo clásico, con frecuencia en las esquinas, donde aún pervive el silencio del rostro.

José Manuel Ballester y Aitor Ortiz, entre otros, afrontan la cara oculta de nuestras estructuras arquitectónicas y nuestros modos de habitar. Una nueva opacidad se abre camino en las construcciones livianas de materiales ligeros, en la solidez del hormigón, en las paredes lisas y el jeroglífico de materiales de obra. El caso de Ballester y Ortiz es especialmente llamativo, pues logran otra vez la insignificancia de la ciudad, cielos y edificios, en el murmullo constante de esta feria.

Finalmente, salpicando el escenario de ARCO, encontramos una suerte de nuevo existencialismo. Por ejemplo, en unas tristes afueras de excrementos y basura, en algún cielo de Donatella Spaziani. En estampas dignas de *Alicia en las ciudades*, de Weng Peijun. En un Darío Villalba que reconstruye el barro de los días, el alejamiento de un rostro borrado. Congost, junto con otras cosas más estándar, nos sirve también un delicioso retrato titulado "Christel". Y en este registro podríamos poner el trabajo de Fontcuberta, con sus sucedáneos de naturaleza alienada, como si el exterior tuviera que duplicar monstruosamente su enigma para recordarnos que algo sigue quedando fuera.

Madrid, 12 de febrero de 2004